

## JOSÉ ZÁRATE: LOS ARGUMENTOS DE LA MISERICORDIA

**Juan Carlos Mestre**

Poeta, grabador y ensayista  
Premio Nacional de Poesía 2009

Es en la materia aérea de la música donde reside la fundación poética de esa necesidad histórica que llamamos arte. *El músico es quizá el más modesto de los animales, pero el más orgulloso. Él es quien inventó el arte sublime de estropear la poesía*, escribió Erik Satie en las proximidades de ese silencio que precede siempre a la escritura. Un conflicto en la profundidad del ser, una tarea que vincula a ambos, músico y poeta, con el meticuloso astrónomo y el vigilante elegiaco de la eternidad. Todo es intuición, todo es ángel que prevee su caída, su desposesión de los espacios infinitos donde la fidelidad a la música le comporta a la poesía la condena irremisible de seguir cautivamente sus pasos. Así han hecho las palabras del cielo tras las sustancias tímbricas que se densifican en la polifonía de José Zárate.

El derecho a soñar no es menor que el derecho al pan. Las poéticas de la fundación del mundo cifran en el Génesis la música primordial de las esferas que todavía sin nombre solo son un rumor en el cosmos. Tardará en llegar el poeta cuando ya el músico, la otra voz sagrada de la tierra ingenúa después de los grillos de Mallarmé, haya puesto su voz sin boca en los agujeros del silencio, y el cántico de las criaturas se haya unido a la memoria de los vientos.

El músico se sabe portador de una cifra, el poeta apenas del resplandor de un relámpago. Pero ambos, al unísono, y en la paradoja vinculante de lo que entre sí discrepa, construyen grandes tableros para vender ruseñores. Robert Desnos muere en 1945 en el campo de concentración de Tezerin, en esa misma fechas fallece, en Nueva York, Béla Bartòk, y se gradúa, en el conservatorio de Paris, Pierre Boulez. La modernidad abandona las profundidades de la tierra y con una sola mano aborda la reordenación crítica del infinito. El infinito es esto: el oído como conciencia, la articulación sonora del resplandor, el *masticar un cangrejo y exhalarlo por la punta de los dedos al tocar el piano*, según el instructivo celeste de don José Lezama Lima. El concierto, en las afueras de todo entendimiento, había comenzado.

Conocí a José Zárate bajo las cúpulas de bronce bruñidas por el sol de un ya lejano otoño romano. De su cabaña de músico, entre el bosquecillo de lauros de una de las laderas del Gianicolo, donde por entonces tenía su estudio, brotaba al atardecer una analogía de formulaciones acústicas y sustancias mercuriales; es decir, la niebla de una mediación sagrada entre la necesidad del crepúsculo y el tósigo consuelo que enaltece a los moradores del alba. Zárate trabajaba hasta la madrugada, cuando los pájaros que no han nacido para morir regresaban al jardín donde Keats, en un mismo acto de justicia, apagaba las estrellas y encendía las rosas. Acaso José Zárate aún no fuera tan joven como ahora, y su música, como el vecinal muérdago en las vísperas festivas del invierno, fuese solo un preámbulo de la futura razón de su definitiva residencia en lo únicamente para él vital, la realidad sonora como discurso configurante de su personalidad artística, y también la casa espiritual de su ser.

Por aquel entonces José Zárate vivía en la juventud radiante de la música, como ahora la música, ya radical poética de su pensamiento adulto, vive en Zárate. Mas su poema de ayer no era disímil a la envolvente mansedumbre de la declamación con que actualmente envuelve su sinfonía el mundo. Su sintaxis de aquel tiempo es hoy, ante los vacíos de conciencia de la dicción contemporánea, un acto de inteligente encantamiento, aquel acto único que nos revela y permite el acceso a una realidad hasta entonces velada. Zárate, múltiple e intenso en la brevedad de sus locuciones, nos entrega la llave de una casa moral, un lugar en el hogar de los fonemas tímbricos, lo que equivale a otorgarnos un lugar en la esperanza, en la significativa armonía de su quehacer tan utópico como demiúrgico, con el que nos traduce e interpreta el mundo.

Porque utópica y cervantina sigue siendo la gran tarea de la persona en el teatro de sombras de cada época. Y utópica la función de los conmovedores dialectos que articulan la obra de Zárate, severa como la venganza de la primavera, majestuosa como una herradura encontrada por un vagabundo. Así el azar construye su milagro sobre las hojas y bajo los mármoles. La jurisprudencia de la vida y la ancestralidad de la muerte sometidas al vertigo de una común vibración: el sonido articulado de la existencia, la razón configurante de la más hermosa voluntad humana: la Música: el agua pura que borra el gesto de los indiferentes: el agua exacta de la vivificación sobre los asertivos desiertos del tránsito a lo desconocido: músicas cuyo peso es verde: en los arcos de crines, en las resinas blancas, en los instrumentos de brisa, en los címbalos y los vibráfonos: rumor del agua de la utopía por los pentagramas nocturnos y la palingenesia de los muertos en las masas corales.

Zárate sabe qué hombrecito con sombrero de carbón perfumado vive en la casa de las conversaciones con la aurora. Ha amanecido en los jardines de la Academia de Roma y los mirlos silban a quienes llegan a rebatir con dios, en San Pietro in Montorio, las tesis de la inexistencia. Igual el mundo giratoriamente existe y hace sonar su carcasa de caracoles secos por el cosmos. Igual las voces al pie de la letra nombran la pasión frente al padecido sol del otoño. La música de Zárate, la plenitud de su decisión, es ahora la delicadeza y el clamor, la última palabra que la vida tiene sobre la vida. Eso es su música, un estado de creencia, otro proceder, una manera definitivamente insurgente de estar en la ilegal belleza del mundo.

Habla en Zárate el poeta músico y el anotador de los innumerables signos que pueblan la partitura del universo; hablan a través de él las pupilas ávidas de los enamorados y las manos hechas fuente de los que van a saciar la desesperación de su propio tiempo; los que piensan que la vida carecería de sentido sin una causa de luz: la noche en que las muchachas de Shakespeare, las lechuzas hijas del panadero, abren su corazón a las fugaces y reemprende la Tierra su tarea moral en la restitución de lo hurtado. Ahí comienza a oírse la música, en el ejercicio de piedad, en el oficio de misericordia que sigue teniendo el canto de su antífona ante la banalidad del mal y los ominosos sortilegios de su época. Y al instante, y de ese modo, la generosidad de la creación tiende su puente de vieja madera carcomida entre los violines y el molino. Y sucede entonces el relámpago, el milagro súbito de la intensificación de conciencia que produce la música, la memoria primordial del espacio y de la imaginación.

Esta música de José Zárate es el idioma de una confraternidad, el humo de los mármoles de la poesía elevándose sobre las escorias de la rendición; en este momento, cuando tantos han desertado de su encargo y la necesidad de albor golpea las puertas de

los mercaderes de la noche. Esta música se añade al cometido genésico, al trabajo de las remotas dimensiones astrales sobre los pozos y las mareas. Estas músicas, inscritas ya en lo eternamente del otro, la otra habla de las cosas, son la conciencia cómplice y éticamente transformativa de quien escucha; es la trasmutación en sonido de las sustancias que dan argumento a lo silenciosamente diminuto y a la grandiosidad de lo telúrico retumbando más allá de lo audible. Una obra, la de Zárate, hecha con unción y empatía hacia lo humano, último y acaso único fin de toda ocupación, exigencia y reponsabilidad artística.

Soy la noche, soy el día, parecieran decir esas maderas, esos metales cubiertos por la sal de ancestrales presencias. A dos pasos del agua desnuda de Roma, a dos sueños de la partitura siguiente, el músico, el imantado por la dificultad y los ritmos mágicos de la matemática del tiempo, entra en la resonancia de las grandes repúblicas del sonido, allí donde el petróleo y las golondrinas, los profetas y los convulsos, los débiles y la naturaleza de las cosas frágiles, esperan no las ejecutorias de la tristeza, sino la vital claridad del don de Zárate: la filarmonía de las estrellas, la música de la misericordia.

Acaso, y como mantiene Steiner, la palabra no deba tener un santuario neutral en los lugares y el tiempo de la bestialidad; el silencio no será nunca una alternativa ante la impiedad, tampoco lo es esta música que devuelve la confianza en el destino innegociable de su belleza, acaso el mismo grito con el que concluye Schönberg su *Moisés y Aarón*, la posibilidad de enunciar lo ausente y hacer vibratoria la condición del poeta ante la música del aire: *Oh tú, palabra de la que carezco*.

*Yo ya no se hablar*, escribió Rimbaud hace ya más de un siglo entre las líneas por donde el adolescente se alejaba del tiempo y entraba en la edad de las vocales. *Yo ya solo sé oír*, escribió su contemporáneo Debussy sobre el agua que no desemboca. Pienso que en algún lugar de la soledad sonora aquel joven muchacho que conocí hace ya dos décadas en la ciudad donde murieron Gramsci y Pasolini, habrá de seguir como hasta ahora resolviendo los enigmas del ensueño y la ontología terrestre, el destino humano hacia la utópica abolición de la crueldad y la muerte.

De ese tan innato como cultivado proceder de Zárate deviene la consoladora condición de su intuitiva inteligencia y la materia sin tiniebla de su música. José Zárate, no uno, sino el más leal de cuantos armados con una *ardiente paciencia* entrarán *en la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres*. Eso pienso, en eso creo cuando lo escucho, ese vínculo y visión de ritmo, ese imán, como dejó escrito Octavio Paz en *El arco y la lira*, no medida ni tiempo dividido en porciones, sino la máxima tensión, el golpe de dados de Mallarmé en el silencio, el Espíritu Nuevo sobre las cenizas de alguna remota belleza, de alguna aún vivísima brasa de la verdad.

Zárate sueña. Zárate sueña en música.

Juan Carlos Mestre.  
Enero 2017